

HELMANTICA

REVISTA DE HUMANIDADES CLASICAS
DE LA UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

AÑO XI

MAYO-AGOSTO DE 1960

NÚM. 35

Significado y valor de la literatura latina

I

1. El trabajo que ofrecemos aquí al lector es una síntesis. En él están resumidas muchas y muy detenidas meditaciones sobre los textos latinos¹. He aquí, claramente, lo que este trabajo no pretende ser: no pretende, en modo alguno, pasar revista rápida a la literatura latina, mencionar a todos los autores valiosos de la misma; también está fuera de nuestro propósito hacer una vulgarización, aún cuando sus sugerencias puedan acaso alcanzar un público amplio; y, en fin, tampoco es propiamente la introducción a un tratado de Literatura Latina, aunque está más cerca de serlo, pues con algunas adiciones,

¹ Algunas partes de este trabajo fueron expuestas en conferencia ante un público de jóvenes científicos; téngalo el lector en cuenta, si en algún pasaje encuentra signos de un estilo muy directo o coloquial, que, por lo demás, es en nosotros algo siempre espontáneo. No es el caso de citar bibliografía, pues llenaríamos varias páginas sólo con una selección de autores que mejor tratan el tema de la Historia de la Literatura Latina. Quiero hacer sólo referencia a un trabajo de RICCARDO AVALLONE, director de la revista «Antiquitas», de Salerno, *Nouve linee per la Storia della Letteratura Latina*, en «Antiquitas», I (1946), 3-30, por la coincidencia de dar una orientación marcadamente literaria, más que histórica, al estudio de la Literatura Latina, tal como nosotros, por propio impulso, hemos enfocado la visión sintética, que hoy presentamos.

ésta sería mi introducción. La pretensión de este trabajo es a la vez más humilde y más ambiciosa: *definir la aportación sustancial de esa Literatura a la cultura occidental, definir los valores básicos que ella incorpora*. Vaya por delante que no dudamos de que habrá no pocas apreciaciones personales en esta visión sintética: ni es nuestro propósito presentárselas al lector como dogmas, ni tampoco eludimos en absoluto el tinte subjetivo de nuestro trabajo; seremos felices, si el lector las atiende como amables sugerencias y le agradeceremos que juzgue nuestro estudio no por lo que en él pueda echar de menos, sino por la exactitud con que responda a su título, a su propósito. Naturalmente, detrás de esta síntesis hay cuantiosas lecturas de muchos años dedicados a las letras clásicas y a todo lo antiguo y moderno. No pienses, lector amigo, por lo que antes hemos dicho que vayamos a alardear de originalidad: imposible me sería determinar exactamente lo que debo a los demás y lo que es fruto de mi propia hacienda intelectual; no obstante, aquellos lectores que hayan seguido mis trabajos encontrarán aquí ideas y formulaciones que me son caras y que fueron elaboradas personalmente. En cuanto al trabajo mismo, si bien tiene como bibliografía remota toda esa larga preparación previa, que comprende todo lo importante de las letras clásicas, tiene una fuente inmediata, la única habida ante los ojos en el momento de su elaboración: los textos latinos vivos en mi espíritu, la literatura romana incorporada a mi espíritu como experiencia propia. Por todo ello, el trabajo va sin bibliografía prácticamente: ponga el lector al pie todos los manuales importantes de Literatura Latina, amén de muchos trabajos monográficos; pero ponga, sobre todo, las obras de esa literatura.

2. Al comenzar este trabajo bien quisiera yo que quedara establecido en la mente de todos un principio que considero fundamental, cada vez que en compañía de hombres de nuestro tiempo tengo que meditar sobre cualquier cuestión relacionada con el mundo antiguo: *Grecia y Roma interesan no por ser trozos de historia, gloria del mejor museo, sino porque son nuestra historia actual, nuestro tiempo vivo. Grecia y Roma somos no-*

sotros mismos. De manera que una meditación en voz alta sobre cualquier aspecto del mundo clásico no es otra cosa que un penetrar en nuestra propia personalidad. Y esto no porque Grecia y Roma hagan acto de presencia, como huésped para muchos por desgracia molesto, en el Bachillerato, —clases de los cursos finales que, bien llevadas, debieran ser las más estimulantes del mismo— sino porque Grecia y Roma existen en nuestras comunidades nacionales, y, más aun, en cada uno de nosotros mismos individualmente; de modo que, cuando jugamos o reímos, cuando nos apasionamos o nos enamoramos², cuando proyectamos nuestro porvenir, seguimos escribiendo sin remedio y sin darnos cuenta la Historia de Grecia y Roma. Pero, pensará el lector, ¿qué tienen que ver nuestro fútbol o nuestro pugilato, nuestras carreras o nuestros deportes acuáticos, nuestros sueños de abogados o de técnicos, nuestro modo de enamorarnos o de irritarnos, con Grecia y Roma? Pues bien, hasta eso que parece tan personal e intransferible tiene sus cánones y sus reglas, tiene su estilo de género, y ese estilo genérico, lo han dado prefabricado los griegos y los romanos.

3. Si bien se mira, hay, pues, motivos más serios que los dolores de cabeza que proporcionan las declinaciones y la sintaxis latina y griega para estar resentidos contra Grecia y Roma: resulta que Grecia y Roma nos privan de toda originalidad. Más adelante daré a conocer el concepto romano de originalidad, y se verá cómo no hay nada que lamentar. *Porque la verdadera originalidad en la vida civilizada no consiste en el culto a la propia persona como si fuera ésta lo único importante, sino en la capacidad de añadir con las propias manos nuevos y sólidos eslabones a la cadena de la Historia y la Cultura humanas; no en romper esa cadena, sino en saber continuarla y llevarla de*

² Cuando escribimos estas palabras, aún no había salido el magnífico libro titulado *El descubrimiento del amor en Grecia*, del que son autores los Drs. Fernández Galiano, S. Lasso de la Vega y Rodríguez Adrados (Cf. HELMANTICA, 10, 1959, 463). En él se ratifica científicamente de modo total nuestra afirmación.

modo propio. Lo que de ordinario se llama originalidad, reclama la vuelta a la selva, que es la originalidad mayor y más antigua. Desgraciadamente esa originalidad ha triunfado repetidas veces en el mundo en que vivimos, es una experiencia de las generaciones actuales: ha consistido en el desprecio de los atributos humanos esenciales, en la exigencia de una sumisión bovina del hombre al capricho de otros hombres, en la suplantación de la ley y la norma como principios reguladores de la vida humana por la arbitrariedad; pues bien, todo esto ha venido siempre acompañado de un ataque a fondo a las letras grecolatinas. La experiencia histórica lejana y próxima prueba esta proposición: destruid las letras clásicas y habréis destruido el baluarte más firme de la libertad humana en su más hondo sentido. Y a la inversa: allí donde florezcan grupos humanos que lean a Homero y Virgilio, habrá siempre hombres indoblegables que dirán «no» al capricho del poderoso y exigirán normas firmes y respetadas para vivir. Claro es, estas afirmaciones mías, en las que tan altamente se valora las letras clásicas, exigirían cumplida demostración. Es verdad. No voy a proceder a esa demostración: tengo que hablar de literautra romana, y eso me llevará mi tiempo. Pero a algo estoy obligado. Por eso voy a dedicar unas palabras al aspecto que parece más difícil de demostrar: *cómo nuestra ciencia y nuestra técnica son desarrollo de la cultura grecolatina. Veamos. El mundo occidental tiene una fuente en que bebe: el mundo pensado por los griegos y reducido a fórmulas prácticas y universales por los romanos, que se traduce en una determinada disposición del espíritu ante el universo y la vida, disposición que es la que ha producido nuestra ciencia y cultura, y el producto secundario de ambas, nuestra actual técnica.* Esta disposición yo la he llamado a veces «inquisitiva». Frente a los pueblos y culturas que ante la maravilla del universo y de la vida se detuvieron en actitud contemplativa, buscando la esencia de esa maravilla por vía de intuición, el pueblo griego adoptó una actitud interrogativa, buscando esa misma esencia por vía de raciocinio. Esa disposición del espíritu griego a nosotros se nos presenta como un hecho, es algo innato. Esa disposición del espíritu, esos modos

del pensar son los nuestros, los de todos los europeos. Pues bien, esa disposición del espíritu y las vías conducentes a resolver el interrogante están formuladas en los textos griegos y latinos, y no sólo en los científicos, sino también, y a veces mejor, en los literarios. *En los textos que escribieron los griegos y romanos está expreso cuanto nuestra Ciencia y nuestra Técnica han desarrollado hasta ahora, y el problema consiste en saber leer y oír las sugerencias de esos grandes textos.* La actitud ante la vida de los occidentales sigue siendo la misma de Grecia y Roma, aun sin darnos cuenta, y nosotros no hemos pasado de desarrollar racionalmente las intuiciones fundamentales que aquellos tuvieron y formularon, por muy orgullosos que estemos con nuestros juguetes; pero si perdiéramos la conciencia de esa radicación de nuestros conocimientos, nuestra Ciencia y nuestra Técnica en breve plazo perdería también su fecundidad. *En el motor de un avión que levanta el vuelo van emitiendo su mensaje Platón y Virgilio, porque, en último término, sus obras y poemas y el artefacto mecánico no son sino expresiones diferentes de una misma actitud ante la vida separadas por un minuto de Historia.*

Voy a añadir ahora un argumento inverso. Frente a Occidente, con esa actitud «inquisitiva» de su espíritu se sitúan los otros pueblos, los de Oriente, con esa otra vertiente de su espíritu, que he llamado contemplativa. Pues bien ¿es un azar que la Ciencia y el Derecho, pilares básicos de nuestra cultura y claramente distintivos, y su derivación, la Técnica, sean invento de Occidente? Suprimid a Grecia y Roma y nuestra «originalidad» no tendrá explicación racional. Os veréis obligados a sostener que todo es un azar. Pero vosotros os rebeláis contra el azar. ¿Cómo no? ¡Si toda la civilización occidental, desde Homero hasta hoy, es una lucha ininterrumpida para dominar el azar y doblegar al destino ciego! El principio de causalidad ha sido el mástil inmovible del pensamiento de Occidente. Y cuando Werner Heisenberg, junto con Einstein el padre de la actual ciencia nuclear, sienta el principio de indeterminación, en virtud del cual resulta que nuestro conocimiento de la naturaleza no puede ser fundamentalmente sino estadístico

y, por tanto, sujeto a la probabilidad matemática, el espíritu occidental, se ha apresurado, fiel a sí mismo, a buscarle al principio lógico para aquellas zonas en donde queda en suspenso, un sucedáneo seguro: el azar se ve cada vez más estrechado en las estrechas mallas del cálculo estadístico. Y estoy ahora ante el argumento positivo, siquiera sea de autoridad. Acabo de mencionar a Werner Heisenberg. No os voy a hablar de esta figura mundial actual de la física atómica. Sólo quiero recomendaros a todos la lectura de su libro titulado «La imagen del mundo en la física actual»³, y más atentamente su capítulo III, páginas 56 a 73. En él encontraréis ese capítulo entero destinado a demostrar lo que yo estoy demostrando, que Grecia y Roma somos nosotros, referido a la ciencia en general; allí encontraréis frases tan sorprendentes como ésta: «En todo caso me convencí de una cosa, a saber: de que apenas es posible cultivar la física atómica moderna sin conocer la filosofía natural de los griegos»; o esta otra: «La gran corriente de ciencia natural y técnica que hincha nuestros tiempos procede, en definitiva, de dos fuentes sitas en el terreno de la filosofía antigua... quien quiera llegar al fondo de las cosas en cualquier disciplina tendrá que dar más tarde o más temprano con aquellas fuentes antiguas». O esta otra: «La fidelidad a la educación humanística representa simplemente la fidelidad a Occidente». Por supuesto, jóvenes científicos, estas palabras son *solamente* el parecer de W. Heisenberg o los pareceres de Max Planck u Oppenheimer. Ahora bien, yo, puesto a elegir entre el parecer de esos señores y el de tantos ilustres científicos desconocidos, me quedo con Heisenberg.

4. Pero vuelvo a mi tema, la literatura latina. Y no dejará de sorprender que haya entrado de tal modo en el tema: explicar lo que significa la literatura latina, empezando por valorar nuestra continuidad y dependencia de la antigüedad justamen-

³ WERNER HEISENBERG, *La imagen de la naturaleza en la física actual*. Ed. Seix Barral, S. A., Barcelona, 1957.

te en el campo que parece más lejano al de la literatura: la Ciencia y la Técnica. Pero si recordáis, caeréis en la cuenta de que he sostenido la «original» tesis de que Literatura y Técnica no son sino expresiones diferentes de una misma fuerza central, que emana en el suelo griego y se canaliza a través de Italia. Esa fuerza, vistas Grecia, Roma y Europa como un todo histórico, produce en unos momentos una filosofía jamás superada, un arte y una literatura tampoco superados, y en otros una Ciencia y una Técnica igualmente únicos. Y a lo largo de la Historia de esa unidad a veces todo eso se produce simultáneamente, como en gran medida ocurrió en Grecia.

En segundo lugar, no he querido olvidar que yo, un catedrático de letras latinas, me dirijo con este trabajo no sólo a un público «de letras», sino también quisiera que mis palabras alcanzaran al público «científico». Yo no soy un arqueólogo de la latinidad, dicho sea con todo respeto para esos beneméritos hombres que nos ponen en las manos los datos seguros en que nos apoyamos para hablar. De seguro de antemano se me concede la importancia de Roma y Grecia en otros aspectos «secundarios»; pero sin duda espero habrá causado inquietud esta entrada mía en el campo de la Ciencia y de la Técnica. Por supuesto, es una «originalidad» inquietante pretender establecer una relación entre la Eneida de Virgilio y un reactor nuclear. Pero con ánimo inquieto hay que leer esto: *si el espíritu no vibra inquietamente nunca seréis científicos ni nada.*

Pero hay una tercera razón para que yo haya empezado mi exposición por el camino que he seguido: *el contenido último, el propósito final de la literatura grecorromana, sobre todo de sus grandes obras maestras, no se agota en una creación estética, sino en la incorporación en esa creación de los grandes ideales de vida en todas sus vertientes, pensados y realizados a lo largo de los 1.500 años de historia grecorromana.*

Cuando Virgilio dice en un famoso verso

"sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt"

está expresando la angustia de aquella humanidad ante el desvalimiento de las criaturas y su soledad sin remedio.

Cuando formula el destino de Roma

*Tu regere imperio populos, Romane, memento
haec tibi erunt artes, pacique imponere morem,
parcere superbis et debellare superbos VI, 851 (Aen).*

está expresando la conciencia segura de la misión histórica de Roma de rectoría universal.

Cuando Cicerón dice en el *De republica*:

"Et quoniam maxime rapimur ad opes augendas generis humani studemusque nostris consiliis et laboribus tutiorem opulentioemque vitam hominum reddere et ad hanc voluptatem ipsius naturae stimulis incitatur, teneamus eum cursum, qui semper fuit optimi cuiusque...", está describiendo la aspiración permanente de la humanidad de entonces y de la de ahora: *hacer de la tierra una mansión digna en toda su plenitud, en lo físico y en lo espiritual, de la criatura más noble de la creación*. Los ideales no han variado en 1960.

5. Puede que a muchos les sorprendan de nuevo ciertas afirmaciones mías: ¿Las obras de la literatura antigua no tienen su eternidad en sus valores estéticos, sino en su condición de símbolos y estímulos para la creación de modos de vida mejores para el hombre? Pues así es, señores. Las obras de Homero y Platón, de Cicerón y Virgilio, no nacieron como deporte de estetas, ni para entretenimiento de estetas. ¡Triste papel el de los profesores de latín que en 1960 no saben otra cosa ante César, Salustio, Cicerón, Livio o Virgilio sino exclamar y loar sus bellezas! *A Homero y Platón, a Cicerón y Virgilio hay que leerles para saber vivir como hombres de nuestra hora, para encontrar en ellos valor para afrontar nuestra hora*. Lo que no quita para que Virgilio sea el logro estético más alto que ha producido la humanidad occidental y uno goce con el puro deleite de la pura belleza.

Claro es, nadie duda de que al temple humano de los romanos debemos claramente los principios fundamentales del Derecho, y, cosa difícil, la formulación de esos principios en un lenguaje preciso, claro, matemático, a la par que grato. Yo aseguro que a muchos que dirigen les vendría muy bien haber estudiado latín: así no sucedería que en ocasiones se vieran sor-

prendidos por las consecuencias derivadas de los textos legales por ellos formulados, contrarias a las previstas; lo cual obedece simplemente a un mal manejo de los conceptos básicos de la convivencia humana y su expresión lingüística. Por supuesto, todos admiten que el vocabulario de la teología, de la filosofía, arquitectura, agricultura, se debe todo o casi todo al latín; y, en fin, la ciencia especulativa y la técnica de los últimos veinticinco años han introducido en las lenguas de Occidente una riada de palabras tal, que, cada vez más, hablamos una jerga grecolatina. Y esto último ¿no es significativo? *Si el griego y el latín dan las palabras es porque poseen los conceptos.* La ciencia sería hoy imposible si cada lengua occidental pretendiera extraer de sus propios materiales las palabras para designar los conceptos y los objetos de la ciencia y de la técnica; todo sería confusión y caos; de nuevo volveríamos a Babel.

II

6. Restringiéndonos a lo puramente literario y espiritual, habrá hecho el lector esta observación: siempre hablo de Grecia y Roma, no de Roma solamente. ¿Por qué? Esto es algo inevitable. Y es que el mundo antiguo es una unidad. En el grandioso drama humano, único planteado, desarrollado y resuelto que nos ofrece la Historia y que podemos seguir en detalle, que va desde 1.000 años A. C. a 500 D., Grecia es en todos los órdenes el primer acto y Roma el segundo. Sin Roma —hipótesis antihistórica— no se podría hablar de Antigüedad, de mundo antiguo, de mundo clásico; a lo sumo de la gloriosa nación griega. Roma convirtió en mundo lo que era una aldea. En este sentido Roma es más la Antigüedad que Grecia. En ese gran drama humano la *labor que hace Roma consiste en dar dimensiones universales y hacer válidos a escala universal humana los datos y soluciones que Grecia había propuesto en el primer acto, a escala, unas veces aldeanamente chica, otras estelarmente grande, nunca humanamente universales.* En este sentido Roma es más nuestra que Grecia, y no es un azar que

Roma haya sido nuestra educadora. Sin la refundición romana de la cultura griega, Grecia, con toda su grandeza, no pasaría de ser un maravilloso museo débilmente operante.

7. Se ha dicho hasta la saciedad que Roma no desarrolla, salvo en el campo del derecho y, en general, de las actividades de gobierno, sino una labor de imitación. Muchos pondrían como título de este epígrafe: «Roma imitadora», en vez del que yo pongo: «Roma continuadora y creadora. Originalidad romana». Y los que así pensarán no andarían faltos de materia, ni tendrían dificultad, con tal de no arriesgarse a entrar en profundidades sobre el mundo romano. Pues bien, nosotros afirmamos: *Roma entra en la Historia en todos sus aspectos como continuadora, no como imitadora, aunque a menudo imite*. Cuando la carrera de Roma empieza con brío juvenil, la de Grecia está ya ya agotada en una sabiduría senil. Roma, con sabiduría excepcional en un pueblo joven, ve la grandeza griega y se propone salvarla, no en un museo, sino dándole sangre y vida nuevas, las propias. Grecia lo había inventado todo en todos los órdenes. Y Roma en tales condiciones imita, *pero con temple propio*; porque no es lo malo imitar, sino abdicar en la imitación; esto es lo que Roma no hará nunca, y puede que donde menos en la Literatura. Porque la Literatura Latina, dado que su instrumento de expresión es la lengua, y que la lengua es lo más íntimo del hombre, lo que más se identifica con su espíritu, *es lo más romano de las creaciones romanas, sin dejar de ser lo más griego*. Y esto ¿cómo es posible? Sencillamente, porque Roma podrá utilizar los materiales y la sabiduría griegas, pero los vuelve a elaborar y construir con temple propio; y ese temple o personalidad, como dirían los psicólogos, es tan poderoso, que puede afrontar la inmensa tarea de salvar y hacer útil a la humanidad el poderoso elixir de vida o de muerte que es la cultura griega. Siguiendo la metáfora del drama con dos actos y dos autores, diremos que Grecia lo concibió y lo dejó planteado más o menos enigmáticamente en todos los aspectos —religión, filosofía, arte, política, literatura, ciencia—; el segundo acto quedó a cargo de Roma plenamente,

que lo llevó a término por si misma. ¿Quién tuvo más originalidad? ¿quien dió los datos o quien encontró la solución? *Y si por originalidad entendemos la capacidad de imprimir la propia huella en cuanto tocamos, Roma fue plenamente original. La máxima originalidad de Roma fue atreverse a asumir la formidable herencia del genio griego sin desvirtuarla ni desvirtuarse.* Causa emoción y asombro contemplar en los siglos IV al I A. C. a esos rústicos y duros romanos enfrentarse con la cultura griega: reaccionan virilmente, dispuestos a no dejar de ser ellos, pero en la misma actitud de defensa va implícita la conciencia que tienen de lo que hay ante sus ojos. Creedlo, amigos, «lo original» hubiera sido, para quienes tienen el vulgar concepto de originalidad, destruir lo griego y seguir viviendo rústicos, felices con su propia tosquedad. Eso hubiera sido lo «original» y lo fácil. Siempre a la selva se llega más cómodamente que al templo o al palacio de la Ley. Los romanos eligieron lo más difícil. A mi me parece lo más original.

III

8. Y ahora que ya sabemos el extraordinario papel histórico que Roma tuvo y del que su Literatura fue no solo expresión, sino definición, en la que Roma cobró clara conciencia de su misión, hora es de que echemos una rápida ojeada a esa literatura.

La literatura latina surge ya tardíamente; en el siglo III a. C. Y añadamos que surge con conciencia de su misión transmisora y universalizadora de la herencia de Grecia; porque los primeros autores latinos son hombres que se aplican con todo empeño al estudio de los modelos griegos. Nevio, Ennio y Livio Andrónico tienen una educación griega profunda. Pero antes del primer movimiento literario latino, habían ocurrido muchas cosas. No hay que imaginar a los romanos como unos párvulos que van a la escuela griega a balbucir sus primeras letras. Grecia había hecho acto de presencia en la península itálica directa o indirectamente casi a la par que la fundación legendaria

de Roma. Significa esto que, precediendo el primer movimiento literario histórico, se había desarrollado un largo proceso de contactos y síntesis de la cultura griega y los pueblos itálicos en fecha anterior a la unificación romana. De manera que, cuando Roma logra la unificación itálica, se puede decir que los pueblos itálicos todos forman parte ya del círculo cultural griego. Y el primer gran movimiento literario latino no es sino de un proceso lento que arranca de las raíces mismas de Roma. Y la literatura latina se nos presenta así, desde sus orígenes, como la creación no de un grupo, sino de grupos humanos muy diversos: latinos, oscos, umbros, etruscos, griegos de la Magna Grecia, sicilianos, bajo la dirección unificadora del espíritu del Lacio. A esta creación se unirán después los demás pueblos del mundo: los hispanos, los galos, los africanos, que irán entregando su aportación a la literatura de Roma; y Roma, convertida ya en símbolo y mito, operará en sus mentes como centro ideal de un modo de vivir deseable, y cumplirá así su misión hasta el fin: unificar lo diverso en un ideal de vida.

"Fecisti patriam diversis gentibus unam"

cantará nostálgicamente Rutilio Namaciano en los días finales del Imperio.

Pero no es posible entretenerme más. Ni siquiera poder hacer el estudio por épocas precisas de la literatura latina, limitándome a dar en unas líneas los grandes rasgos de unos grandes períodos, para luego situar en ellos media docena de figuras.

9. Todo el largo período que va desde el primer gran movimiento literario hasta el fin de la república romana puede ser considerado como una etapa de lucha consciente para asumir en sí la herencia griega, haciéndola universal, sin desvirtuarla ni desvirtuarse; es decir, los escritores latinos ante las creaciones griegas nunca renuncian a ser ellos mismos. Hay en este período dos síntomas muy claros. Primero: los grandes escritores del primer movimiento literario y otros muchos de ese período, al poner sus ojos en Grecia, no los vuelven a la Grecia

contemporánea, que es lo fácil, lo que está al alcance de la mano, sino a los grandes modelos clásicos, sobre todo a Homero. ¿por qué? Sencillamente porque los romanos de aquel tiempo se consideran temporalmente y espiritualmente más próximos a la edad heroica griega que a los griegos contemporáneos, en quienes no ven sino el triste ejemplo de la degeneración de todas las grandezas humanas. Y tenían razón: la Roma heroica que ascendía era más compañera de la Grecia heroica que de la alejandrina. En cuanto a la valoración romana de la Grecia alejandrina, era imposible que los romanos contemporáneos la hicieran con hondura y equilibrio.

Segundo: desde el principio de su literatura los romanos gustan de utilizar los temas nacionales y sus humildes y hasta toscas, pero bien amadas leyendas itálicas, junto a los poderosos mitos helénicos. En estas condiciones no nos sorprenderá que Ennio sueñe con ser el Homero romano y haga un poema gigante. *Los Anales*, con sus buenos treinta mil exámetros, para no ser menos que Homero. Pero no llegará a serlo este poeta, que sin embargo supo ver que en ser fiel a sí mismo residen las posibilidades de grandeza:

"moribus antiquis res stat romana virisque".

«la grandeza romana se sustenta en sus tradicionales costumbres y en su raza».

Pero Ennio abrirá paso con su obra al que si logró ser el Homero de Roma: Virgilio.

Cierto que dentro de este largo período hay un momento de crisis: en siglo I a. C., los *poetae novi* se verán ganados por la Grecia contemporánea, la antiheroica, la refinada, la alejandrina. Fue una crisis momentánea del espíritu romano, que le vino muy bien a Roma; gracias a ella, acaso Roma produjo un género literario para el que no estaba naturalmente muy capacitada: la poesía lírica. Y en este género la imitación fue vivificada también por el temple romano y dió al mundo además de Propercio y Tibulo, grandes líricos universales, un lírico puro, que está en la primera fila de la lírica universal: Catulo.

A partir de este momento entramos en un periodo de síntesis lograda: la edad augusta. La literatura romana, ya desde el tiempo de César, empieza a ser a la vez que una literatura nacional poderosa, un vehículo universal de cuantos valores produjo Grecia. *Han triunfado el genio nacional romano y la herencia griega a la vez. Europa y el Occidente entero están contruidos.* En este periodo brillan los nombres conocidos por todos de la literatura latina, los que se utilizan en el Bachillerato, aunque por desgracia los estudiantes no suelen conocerlos más que como autores de sujetos y complementos directos, de indicativos y de subjuntivos.

No acaba con esto la literatura romana. Ahora empiezan las aportaciones de las provincias romanizadas junto a la producción itálica propiamente dicha. La primera en el tiempo fue la de los hispanos, que llena las letras latinas de los dos tercios finales del siglo primero de nuestra era.

La época flavia constituye un periodo fecundo de la literatura latina, en el que brillan también nombres gloriosos.

Y detrás vendrá la gigante aportación no de una provincia romana, sino de un nuevo mundo ideológico, el cristiano, que se verterá en moldes romanos, que se hará romano en la sangre de sus mártires y en el corazón y en la mente de los romanos.

Y todavía poco antes del epílogo, en los tiempos de Constantino y Teodosio, la literatura latina seguirá dando escritores gigantes, y en plena edad de las invasiones bárbaras continuará la serie de escritores de talla extraordinaria; citaremos nombres como los de Simaco, Amiano Marcelino, Prudencio, San Agustín, Prisciano, San Isidoro, Gregorio de Tours, Boecio, Gregorio el Grande. Esta última pléyade, que vive los peores tiempos, transmitirá a la edad oscura la antorcha de la civilización, que no se apagará ya nunca, y que hará brotar siglos después una nueva llama, que es la que aun ilumina el mundo en que vivimos.

10. Hay un género literario que pertenece por entero a los Romanos, que es invención personal suya: la Sátira. La lengua

latina, sobria y lapidaria, directa y geométrica, se prestaba muy bien; y el carácter romano, tan proclive a los problemas morales, se prestaba aun mejor. La sátira es la crítica zumbona, llana y amigable, a veces cortante, de la vida corriente, de las costumbres. Lucilio y Horacio, de quien luego hablaremos, son los maestros principales.

11. Otro género literario en que la personalidad, el temple romano, se manifestó vigorosamente desde los comienzos fue la Historia. Tan esto es así que Ennio, el Homero romano de los primeros tiempos, tituló su poema gigante «Anales», con lo cual expresó su sentir de que la poesía épica en sus manos estaba compitiendo con la Historia. Con lo que de paso os daréis cuenta de cómo el concepto de la Historia que los antiguos tenían era el de una creación artística, una especie de drama narrado, en el que los actores son los hombres mismos y el argumento se nos da hecho. *La Historia no es para ellos la simple narración veraz de hechos y datos, sino la escena en donde los hombres se mueven por algo y para algo. Y descubrir ese algo y ese para algo, eso es la misión del historiador.*

Como siempre, Grecia había dado los dos grandes modelos: Heródoto y Tucídides, creador el uno de la Historia como género, el otro como ciencia. No es arriesgado afirmar que los historiadores romanos hacen una obra igual en calidad a la de los griegos y, como en todo, con un tema más universal y más cerca de los hombres todos.

En la época de Augusto destaca la figura de Tito Livio, que hace pareja con Virgilio en el propósito. El problema central que Livio se plantea como historiador es el de "*quae vita, qui mores fuerint, per quos viros quibusque artibus domi militiaeque et partum et auctum imperium sit*", y cómo Roma llegó a ser "*princeps terrarum populus*"; es decir, *el problema que Livio quiso resolver, fue averiguar qué aportación es la de los hombres para que el designio misterioso de los dioses de hacer de Roma cabeza del mundo se realizase; e incluso por qué los dioses eligieron a Roma y a los romanos para esa realización.* Por eso la obra de Livio es un instrumento magnífico para la educación

de la juventud de Occidente: en Livio se aprende, como en nadie, lo que vale la disciplina social, el compromiso adquirido, la ley, la serenidad de juicio, el espíritu de sacrificio por el bien común, la honradez. Creo que quienes mandan y quienes obedecen sacarian mucho provecho leyendo a Livio; pero sobre todo se lo tengo que recomendar a quienes mandan o van a mandar. Y Livio desarrolla sus ideas en una sucesión teatral, a veces cinematográfica. Sus personajes hablan por sí mismos. Pone en su boca discursos, que a veces son imaginarios y nunca los pronunció el protagonista histórico; pero son más verdaderos que si hubieran sido realmente pronunciados; porque Livio pone en boca de esos personajes las palabras que hubieran pronunciado en esa ocasión, y el carácter del personaje queda mejor definido en un discurso de esos imaginarios que lo hubiera sido con un montón de documentos fidedignos, al modo como operan los historiadores modernos. Los personajes se vuelven así un ejemplo perenne. Por Livio sabemos cómo y por qué Roma es eterna.

En Tácito, en la época posterior a Augusto, tenemos el ejemplo de un historiador de almas. Es un creador de retratos espirituales, lo que hoy diríamos psicológicos, como nunca se ha vuelto a ver. Las almas turbias y rectas de los hombres que intervienen en el drama histórico quedan dibujadas con trazos profundos. *Sus frases son auténticos revulsivos para la mente y el corazón.* Pero en la obra de Tácito el mal reina vencedor; en ella hay un profundo pesimismo sobre la naturaleza humana. Los tiempos no eran para abrigar optimismos: son los tiempos de Calígula, Claudio, Nerón... Allí, en sus *Anales e Historias*, vemos una humanidad angustiada, que ha perdido la brújula. Con todo, la virtud, tan frecuentemente derrotada y aplastada en la vida que Tácito describe, queda brillando como una esperanza. Hay otro triste aspecto en la obra de Cornelio Tácito, que es una terrible lección: en ella aparece una clase directora inteligente, altamente preparada en el orden intelectual, celosa de la tradición e identificando la tradición con sus privilegios y ventajas, que no se siente capaz de cabalgar sobre el caballo de la Historia con espíritu creador; la Historia tiene por objeto servir a sus intereses. La fe y la esperanza han de-

saparecido en dirigentes y dirigidos; sólo se vive el presente y a él se sacrifica todo; pero esta pérdida de las virtudes sociales en las clases dirigentes arrastra consigo el terrible espectáculo de unos equipos de gobierno enfangados y sometidos cada día a un baño de sangre. Es verdad que la sangre de los buenos se mezcla con la de los perversos y la de los tontos. Pero esa sangre es la única esperanza que brilla en la obra de Tácito: Tácito no espera en este mundo la llegada de la edad de oro de los poetas; pero todavía cree en ella. *Su obra es una lección implacable.*

12. Como el ensayo pasa por ser un invento de nuestro siglo, resultará sorprendente que esta especie de literatura la atribuya a los latinos. Sin embargo, no hay que engañarse: el ensayo, ese género literario que, en último término, no es sino filosofar elegante y grato puesto al alcance de «todo el mundo», es un género muy romano. El genio latino, amigo de lo concreto, práctico, lógico, pero contrario a la alta especulación, no produjo una filosofía propia; pero en esto, más que en ninguna otra cosa, los griegos habían mostrado la potencia sin par de su genio; y en esto, más acaso que en ninguna otra cosa, los romanos mostraron la potencia sin par del suyo. Hombres austeros, disciplinados, preocupados por la buena ordenación político-social, por los problemas morales, encontraron en la filosofía griega un mar inagotable. Y fue una proeza sin par que surgiera un hombre capaz de hacer navegable ese mar para el resto de la humanidad, mientras con su temple itálico lo convertía en un lago nacional para la pesca romana. Ese hombre fue Cicerón. Para muchos su fama sonará por sus sonoras parrafadas oratorias; yo me complazco en presentarlo como el más grande ensayista de todos los tiempos. ¿Y cuál fue su mérito? Consistió en su enorme capacidad vulgarizadora del pensamiento griego, pero puesta al servicio de los hombres y de la vida. *Para Cicerón el hombre piensa para vivir, no vive para pensar.* Pero lo más grande es que para hacer esa proeza divulgadora tuvo que realizar a la vez otra mayor todavía: tuvo que «domar» el latín; la lengua latina era todavía una lengua

con resabios rústicos, como propia de un pueblo campesino; en la pluma de Cicerón se convierte en un instrumento flexible, apto para expresar todas las gamas y delicadezas del pensamiento humano; pasa de la plaza pública a los salones elegantes y el latín se vuelve apto para el discreto; en una palabra, con Cicerón el latín se vuelve el instrumento óptimo para que los hombres civilizados no recaigan en la soledad bárbara de la torre de Babel y para que los incivilizados se civilicen. Y todo esto lo hace dándose perfecta cuenta; porque al realizar esta labor Cicerón no pensaba tan sólo en su propia gloria, sino más que nada en el servicio a la humanidad entera, lleno de fe en las posibilidades del hombre para hacer de la tierra una morada digna de su condición. *Europa le debe a Cicerón la lengua con que se ha entendido hasta el siglo XIX, la que le ha servido de vehículo para su filosofía, su ciencia y sus relaciones humanas.* Y cuando Europa ha abandonado este instrumento ha vuelto con frecuencia a Babel y la barbarie ha llamado a sus puertas. El espectáculo que el mundo ofrece hoy día en las relaciones internacionales, en las que cada nación habla en voz alta para sí misma, es el de una auténtica Babel. Y es que es más fácil destruir que construir: no se abandona sin grave riesgo un cauce elaborado por hombres excepcionales y recorrido por mil generaciones. *Sin embargo, el ideal humano de Cicerón, su fe en una cultura humana universal, es el único ideal posible hoy día también para Occidente.*

Vamos ahora a dedicar unas líneas al segundo gran ensayista romano: nuestro compatriota Lucio Anneo Séneca. Su numerosa y variada obra filosófica y literaria puede el lector hallarla en cualquier manual. A nosotros nos interesa su significado. Séneca forma parte de un grupo de escritores representativos de una generación; él es su más alto exponente. En sus tratados filosóficos y en sus cartas a Lucilio tenemos el retrato psicológico más completo de su desquiciado tiempo —el de Nerón— y la respuesta que la filosofía antigua, quinta esencia en un estoicismo de cuño romano, da a los problemas diarios de aquella humanidad. Hay que reconocer que es la más completa y prenuncia ya la respuesta definitiva del cristianismo. *El estoicismo senequista se presenta así como una síntesis esencial*

del saber filosófico de la Antigüedad vuelto de cara a la vida y, por tanto, como un caudal total de recursos de que el hombre de su tiempo dispone para sostener su espíritu y su acción. En este sentido la obra de Séneca es nada menos que la construcción espiritual que el pensamiento romano levantó para dar alma a la construcción política de la ciudad-universo que era Roma. Para el hombre, ciudadano del mundo, para un estado ordenador del mundo al servicio del hombre, hacía falta una ética y una fe a escala universal. Es Séneca el que con materiales griegos —como en Roma ocurre siempre— pero con temple romano, lleva a término esa obra espiritual. ¿Era suficiente para aquella humanidad? Por supuesto que no. Pero la insuficiencia no estaba en Séneca, sino en la suma del pensamiento pagano, más aun, en la deficiencia original del hombre. Sin embargo, la ingente potencia del pensamiento antiguo quedó manifiesta en el hecho de que alcanzó el límite mismo, llegó al umbral desde el que se dibujaba el contorno de la respuesta final y suficiente para todos los tiempos, que sólo pudo formularla el Hijo de Dios Encarnado. Y pensemos nosotros en la trágica insuficiencia del pensamiento filosófico actual para responder a los problemas del hombre de hoy, a la escala estelar de nuestra hora; entonces nos daremos cuenta de cuán completa fue la obra de Roma.

13. Vamos ahora con los poetas. Otros tres nombres nada más, y no porque no haya más, alguno tan grande acaso como los aquí tratados. En el campo de la lírica dos poetas: Catulo y Horacio; otro en el de la épica: Virgilio.

Catulo, de la edad de César, perteneciente al grupo de los *poetae novi*, que parecían amenazar a la literatura latina con convertirla en una provincia del mundo alejandrino, sin nervio ni fe, es uno de los líricos, gloria de la literatura universal. La poesía como juego elegante. Era imposible una abdicación mayor del carácter romano. Y Catulo era uno de ellos, y gran parte de su obra es así. *Pero en ningún escritor romano se da un triunfo más rotundo y avasallador del temple humano sobre las fuerzas puramente intelectuales, que en Catulo.* Para Catulo la

frivolidad, la vida en los paseos y chácharas insustanciales, fue sólo una experiencia intrascendente: la energía moral heredada, su propia sangre romana, le hacen tratar en serio, con profundidad, lo que debía ser objeto de broma y juego, sobre todo el amor. Por eso no hay un solo lírico alejandrino que le llegue a las plantas. Sus poemas mejores son cortitos, como explosiones. Su obra legible, unos cientos de versos. Con justicia un poeta que tenía arranques de sinceridad como éste:

*"Odi et amo. Quare faciam, fortasse requiris.
nescio, sed fieri sentio et excrucior".*

«Odio y amo. ¿Por qué hago esto, me preguntas? No lo sé; pero siento que ocurre en mi y es una tortura».

O el poeta que dijo a su Lesbia:

«Aquél me parece a mí que es igual a un dios, aquél, si ello es posible, sobrepasa a los dioses, que sentado frente a ti te contempla a menudo y oye tu dulce reír, placer que a mí, desdichado, me enajena todos mis sentidos; porque en cuanto pongo mis ojos en ti, Lesbia, se me ahoga la voz en los labios...»
Quien dijo esto a una mujer será siempre el poeta del amor, y siempre las mujeres querrán oír tales palabras. Catulo murió joven: a los 30 años. Es la edad para morir de los poetas del amor.

El otro lírico, de la edad de Augusto, es Horacio. Con Virgilio escolta y corona el triunfo de Augusto. Horacio es fogoso e inquieto. *Pero muy pronto se propuso un ideal de equilibrio sereno, un pasar por la vida, adueñándose de ella sin que ella se adueñase de él.* Canaliza su temperamento en una disciplina literaria que puede llamarse clásica en su plenitud. Horacio profesa la estética clásica por excelencia: abrazar un ideal y darle forma en una realización sobria y elegante. Pero hay más: su ideal estético lo asume en su vida. En medio del mundo y en el gran mundo, está más allá de él. Sentido práctico, sentido común, y elegancia de espíritu: ese es su lema. Sus odas, la más perfecta expresión lírica de la tierra, tienen un temario sin importancia: las cosas corrientes de la vida. Pero el verdadero te-

ma de sus Odas es el tono espiritual de las mismas: una suave ironía, una mirada sonriente y pensativa sobre las cosas, porque en la vida nada hay importante, salvo la vida misma, por ser vida, no por ser propia. Y por ser vida, y no por ser propia, sino de todos, Roma es lo único importante y definitivo en el tiempo. Y por eso dedica a Roma, como patria universal, sus pocas composiciones de alto bordo.

La vida misma, en una lengua llana, ocupa sus Sátiras y Epístolas; varía la lengua, pero no el tono personal. Horacio ha quedado por siempre como el arquetipo del hombre mundano, como la prueba del fuego para quienes de verdad deseen averiguar los quilates de su pluma. Por eso es y será siempre terror de muchos.

A Horacio nunca lo han soportado los espíritus gruesos ni los malos escritores; lo que no quiere decir que quien no guste de Horacio es un espíritu grueso o un mal escritor; tan sólo que entre sus compañeros de gusto no están esos.

Y nos queda Virgilio. En Virgilio encuentran Grecia y Roma su más perfecta expresión. *El es la culminación de toda una cultura milenaria. La comunidad universal de pueblos, unificada en Roma. Roma e Italia, trasmisoras y universalizadoras de la herencia griega, encuentran en Virgilio su voz definitiva.* Lo que Ennio había intentado lo realizó Virgilio, porque los tiempos estaban maduros y porque surgió la voz de esos tiempos. *Eneas, su héroe, es la forma del jefe ideal de una comunidad universal. Sus virtudes y flaquezas son las que debe tener ese jefe. Mientras el Occidente no lo encuentre, difícil será su unidad. El verdadero argumento de la Eneida no reside en el puro contenido conceptual de sus versos, en las peripecias de Eneas y los suyos, sino en las voces profundas que emanan de sus ritmos y sonidos, que son un aviso constante para Occidente sobre su verdadero camino.* Como a Eneas lo guiaban los oráculos, la voz misma de Júpiter, para oír la cual hacía falta humildad y afán de entender, así en los versos de Virgilio la humanidad occidental tiene respuestas para sus problemas actuales. *Si Occidente unificado tuviera que elegir una voz propia, sólo la de Virgilio sería auténtica de un modo total.* Esta es la tras-

ciencia de su poesía. Pero al servicio de esos ideales, Virgilio puso una sensibilidad única en poesía; nadie como él capta la hermandad del hombre con todas las cosas, los animales, las plantas, el mundo inorgánico; en el hombre toman conciencia todas las criaturas y el hombre rie y llora por todas las cosas, porque todas las cosas pasan y el hombre con ellas. Eso es acaso lo que quiso decir con su famoso intraducible verso:

"sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt"

¿Hacia dónde van las cosas en su paso? La piedad de Virgilio no lo dice: queda en silencio; pero su piedad es una puerta, la más grande que tiene la antigüedad, abierta a la esperanza.

14. Tal es la visión panorámica que os presentamos. En la literatura latina hay mucho más. Ni siquiera hemos hablado de un teatro, donde brillan los nombres de Plauto y Terencio, que han sido maestros del teatro europeo. Pero más que de nombres, se trata de dar un significado. Y no nos podemos extender más.

No sabemos si lo que Roma significa se perderá alguna vez para Occidente y el mundo; pero si Occidente abandonara a Roma, sería para volver a la selva; y la selva ya hemos dicho lo que significa: sustituir el imperio de la norma y las leyes morales sobre los hombres por el capricho de otros hombres, menospreciar la dignidad y libertad humanas, subvirtiendo el principio esencial de que el hombre está hecho para reinar sobre lo transitorio, no para ser esclavo de ello. En un orden ideológico esa subversión ha tenido recientemente esta formulación: el hombre es para el Estado, no el Estado para el hombre. Pues bien, Cicerón y Virgilio han estado enfrente de esa subversión y han sido un difícil obstáculo, porque, a pesar de todo, las mejores mentes de Europa son discipulas suyas. Pero hay un segundo motivo por el que podemos quedarnos sin Roma, sin Cicerón y sin Virgilio, y este es deseable: por la fusión de todos los hombres, los de Oriente y Occidente, en una sola ley moral universal. ¡Ojalá esto llegue pronto! Pero si eso llegara, Roma

habría vencido entonces definitivamente. Ese fue su empeño, que lo realizó a la escala universal de entonces. Y Virgilio habría alcanzado su victoria universal y con él, la literatura latina: *esa literatura y ese poeta han formulado y cantado la más bella y certera anticipación del ideal de unidad natural, de libertad y de justicia, que los hombres han podido soñar.*

V. E. HERNANDEZ-VISTA.